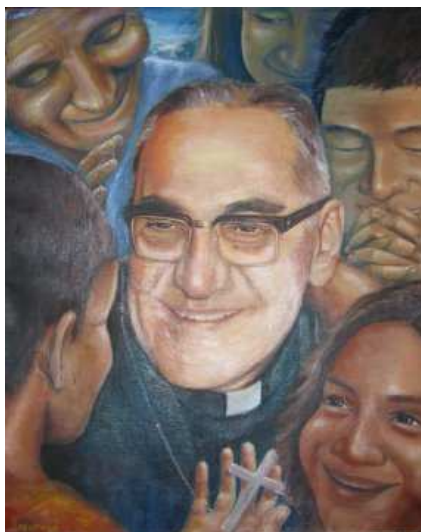


XXVI Aniversario de la Pascua de Óscar A. Romero

24 de marzo de 2006



 **Comité
Óscar Romero
de Murcia**


FORO
IGNACIO ELLACURIA
SOLIDARIDAD Y CRISTIANISMO

Biografía mínima

Óscar Arnulfo Romero nació en Ciudad Barrios (San Miguel) el 15 de agosto de 1917. Fue el segundo de 8 hermanos de una modesta familia. Su padre, Santos, era empleado de correo y telegrafista y su madre, Guadalupe de Jesús, se ocupaba de las tareas domésticas. El Salvador era por entonces un país de relativa prosperidad económica (gracias al cultivo y exportación de café), pero dominado por un poder oligárquico que mantenía oprimida a la población campesina.

A muy corta edad tuvo que interrumpir sus estudios debido a una grave enfermedad, de manera que a los 12 años trabajaba ya como aprendiz en una carpintería. Su ingreso en el seminario menor de San Miguel tiene lugar en 1931. Allí permaneció durante 6 años hasta que tuvo que interrumpir de nuevo sus estudios, esta vez para ayudar a su familia en unos momentos de dificultad económica. Durante tres meses trabajó con sus hermanos en las minas de oro de Potosí por 50 centavos al día.

En 1937 Óscar ingresa al Seminario Mayor de San José de la Montaña en San Salvador. Siete meses más tarde es enviado a Roma para proseguir sus estudios de Teología. Es ordenado sacerdote el 4 de abril de 1942 y continúa en Roma un tiempo con el fin de iniciar una tesis doctoral, pero la guerra europea le impide terminar los estudios y se ve obligado a regresar a El Salvador.

Su labor como sacerdote comienza en la parroquia de Anamorós, trasladándose poco después a San Miguel, donde durante 20 años realiza labor pastoral. En esos años, su trabajo es el de un sacerdote dedicado a la oración y la actividad pastoral, pero todavía sin un compromiso social evidente. El país vive sumido en un caos político, donde se suceden golpes de estado en los que el poder queda casi siempre en manos de los militares.

En 1966 Monseñor fue elegido Secretario de la Conferencia Episcopal de El Salvador. Comienza así una actividad pública más intensa que viene a coincidir con un periodo de amplio desarrollo de los movimientos populares. Su nombramiento como obispo auxiliar de Monseñor Luis Chávez y González, en 1970, no fue bien visto por los sectores más renovadores: Monseñor Chávez y González y Monseñor Rivera (también obispo auxiliar) estaban impulsando los cambios pastorales que el Vaticano II y la Conferencia de Medellín de 1968 exigían para el desarrollo de una nueva forma de entender el papel de la Iglesia Católica en América Latina y los planteamientos de Monseñor Romero, nombrado además director del periódico Orientación, eran todavía muy conservadores.

Nombrado Obispo de la Diócesis de Santiago de María, se traslada a la misma en diciembre de 1974. El contexto político se caracteriza sobre todo por una especial represión contra los campesinos organizados. En junio de 1975 se producen los hechos de Tres Calles: la Guardia Nacional asesina a 5 campesinos. Monseñor Romero llega a consolar a los familiares de las víctimas y a celebrar la misa. No hace una denuncia pública de lo ocurrido, como le habían pedido algunos sectores, pero sí envía una dura carta al presidente Molina.

El nombramiento de Monseñor Romero como arzobispo de San Salvador, el 23 de febrero de 1977, es una sorpresa negativa para el sector renovador, que esperaba el nombramiento de Monseñor Rivera, y una alegría para el gobierno y los grupos de poder, que ven en este religioso de 59 años un posible freno a la actividad de compromiso con los más pobres que estaba desarrollando la Arquidiócesis.

Sin embargo, un hecho ocurrido apenas unas semanas más tarde, que se revelará decisivo en la escalada de violencia sufrida en El Salvador, va a dejar clara la futura línea de actuación de Romero: el 12 de marzo de 1977 es asesinado el padre jesuita Rutilio Grande, que colaboraba en la creación de grupos campesinos de autoayuda y buen amigo de Monseñor. El recién electo arzobispo insta al presidente Molina para que investigue las circunstancias de la muerte y, ante la pasividad del gobierno y el silencio de la prensa a causa de la censura, amenaza incluso con el cierre de las escuelas y la ausencia de la Iglesia católica en actos oficiales.

La postura de Óscar Romero, comienza a ser conocida y valorada por el contexto internacional: el 14 de febrero de 1978 es nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de Georgetown (JUL); en 1979 es nominado al Premio Nóbel de la Paz y en febrero de 1980 es investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Lovaina (Bélgica). En ese viaje a Europa visita a Juan Pablo II en el Vaticano y le transmite su inquietud ante la terrible situación que está viviendo su país.

En 1980 El Salvador vivía una etapa especialmente violenta en la que sin duda el gobierno era uno de los máximos responsables. La Iglesia calcula que, entre enero y marzo de ese año, más de 900 civiles fueron asesinados por fuerzas de seguridad, unidades armadas o grupos paramilitares bajo control militar. De todos era sabido que el gobierno actuaba en estrecha relación con el grupo terrorista ORDEN y los escuadrones de la muerte. Apenas llegado de su viaje a Europa, el 17 de febrero, el arzobispo Romero envía una carta al presidente Carter en la que se opone a la ayuda que EEUU está prestando al gobierno salvadoreño, una ayuda que hasta el momento sólo ha favorecido el estado de represión en el que vive el pueblo. La respuesta del presidente estadounidense se traduce en una petición al Vaticano para que llame al orden al arzobispo. Sin embargo, en otros países continúa el reconocimiento a la labor de Romero: por esas mismas fechas, recibe el premio de la Paz de Acción Ecueménica Sueca. El cerco se cierra: a fines de febrero, Monseñor tiene conocimiento de amenazas de muerte contra su propia persona; Romero recibe también un aviso de amenazas de similar seriedad por parte del Nuncio Apostólico en Costa Rica, Monseñor Lajos Kada y a comienzos de marzo es volada una cabina de locución de la emisora YSAX, La Voz Panamericana, que transmitía sus homilias dominicales. Los días 22 y 23 de marzo, las religiosas que atienden el Hospital de la Divina Providencia, donde vive el Arzobispo, reciben llamadas telefónicas anónimas que lo amenazan de muerte. Finalmente, el 24 de ese mismo mes, Óscar A. Romero es asesinado por un francotirador mientras oficia misa en la Capilla de dicho Hospital.

Introducción

Acto penitencial

Las masas de miseria, dijeron los obispos en Medellín, son un pecado, una injusticia que clama al cielo. La marginación, el hambre, el analfabetismo, la desnutrición y tantas otras cosas miserables que se entran por todos los poros de nuestro ser, son consecuencias del pecado. Del pecado de aquéllos que lo acumulan todo y no tienen para los demás. Y también del pecado de los que, no teniendo nada, no luchan por su promoción; son conformistas, haraganes, no luchan por promoverse. Pero muchas veces no luchan, no por su culpa; es que hay una serie de condicionamientos, de estructuras, que no los dejan progresar. Es un conjunto, pues, de pecado mutuo

(Homilía 9 de octubre de 1977 , I-II p. 266)

De la primera carta del apóstol S. Pedro (3, 14-17)

Queridos hermanos:

Dichosos vosotros si tenéis que sufrir por causa de la justicia: no les tengáis ningún miedo, ni os amedrentéis.

Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prestos para dar razón de vuestra esperanza al que os la pidiere. Pero hacedlo con mansedumbre y respeto y en buena conciencia. Para que aquello mismo que os echen en cara, sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta en Cristo.

Pues más vale padecer por obrar el bien, si esa es la voluntad de Dios, que por obrar el mal.

Del Evangelio según S. Mateo (10, 17-22)

En aquél tiempo dijo Jesús a sus apóstoles:

No os fiéis de la gente, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán compadecer ante senadores y reyes, por mi causa; así daréis testimonio ante ellos y ante lo paganos.

Cuando os arresten, no os preocupéis de lo que vais a decir o de como lo diréis; en su momento se os sugerirá lo que tenéis que decir; no seréis vosotros los que habléis, el Espíritu de vuestro Padre hablará en vosotros.

Los hermanos entregarán a sus hermanos para que los maten, los padres a los hijos; se rebelarán los hijos contra sus padres, y los matarán. Todos os odiarán por mi nombre; el que persevere hasta el final se salvará.

Video y ecos de la Palabra

Peticiones

Es Dios el que se vale de los hombres, aunque sean paganos, aunque no tengan fe cristiana. Esos hombres son instrumentos de Dios para salvar, para amar, para dar aliento, para dar esperanza

(Homilía 25 de marzo de 1979, VI p. 228)

Plegaria eucarística

Te damos gracias,
Dios nuestro y Padre y Madre todopoderoso,
por medio de Jesucristo, nuestro Señor,
y te alabamos por la obra admirable de la redención.

Porque la sangre del glorioso mártir S. Romero de América,
derramada, como la de Cristo,
por confesar tu nombre,
manifiesta las maravillas de tu poder,
pues en su martirio, Señor,
has sacado fuerza de lo débil,
haciendo de la fragilidad tu propio testimonio.

Por eso,
debemos darte gracias continuamente
y aclamarte sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

A ti, pues, Padre y Madre,
que gobiernas el universo,
te bendecimos por Jesucristo, tu Hijo,
que ha venido en tu nombre.
Él es la palabra que nos salva,
la mano que tiendes a los pecadores,
el camino que nos conduce a la paz.

Dios, Padre y Madre nuestro,
nos habíamos apartado de ti
y nos has reconciliado por tu Hijo,
a quien entregaste a la muerte
para que nos convirtiéramos a tu amor
y nos amáramos unos a otros.

Por eso, celebrando este misterio de reconciliación,
te rogamos que santifiques con el rocío
de tu Espíritu estos dones,
para que sean el Cuerpo y Sangre de tu Hijo,
mientras cumplimos su mandato.

Porque él mismo,
cuando iba a entregar su vida por nuestra liberación,
estando sentado a la mesa,
tomó pan en sus manos,
dando gracias, te bendijo, lo partió,
y lo dio a sus discípulos, diciendo:
*Tomad y comed todos de él,
porque esto es mi Cuerpo,
que será entregado por vosotros.*

Del mismo modo, aquella noche,
tomó el cáliz, y, proclamando tu misericordia,
lo pasó a sus discípulos, diciendo:

*Tomad y bebed todos de él,
porque éste es el cáliz de mi Sangre,
Sangre de la alianza nueva y eterna,
que será derramada por ustedes
y por todos los hombres y mujeres
para el perdón de los pecados.*

Haced esto en conmemoración mía.

Éste es el Misterio de la fe.

Señor, Dios nuestro,
tu Hijo nos dejó esta prenda de su amor.
Al celebrar, pues, el memorial
de su muerte y resurrección,
te ofrecemos lo mismo que tú nos entregaste:
el sacrificio de la reconciliación perfecta.

Acéptanos también a nosotros, Padre y Madre santos,
juntamente con la ofrenda de tu Hijo,
y en la participación de este banquete
concédenos tu Espíritu,
para que desaparezca todo obstáculo
en el camino de la concordia
y la Iglesia resplandezca en medio de hombres y mujeres
como signo de unidad
e instrumento de tu paz.

Que este Espíritu, vínculo de amor,
nos guarde en comunión con la Iglesia
y todo tu pueblo santo.
Recibe en tu reino a nuestros hermanos y hermanas
que se durmieron en el Señor
y a todos los difuntos cuya fe sólo tú conociste.

Así como nos has reunidos aquí
en torno a la mesa de tu Hijo,
unidos con María, la Virgen Madre de Dios,
y con todos los santos,
reúne también a los hombres y mujeres
de cualquier clase y condición,
de toda raza y lengua,
en el banquete de la unidad eterna,
en un mundo nuevo
donde brille la plenitud de tu paz,
por Cristo, Señor nuestro.

Por Cristo, con Cristo, y en Cristo,
a ti, Dios omnipotente,
en la unidad del Espíritu Santo,

todo honor y toda gloria
por los siglos de los siglos.

Amén.

Las últimas palabras

Que este Cuerpo inmolado y esta Sangre sacrificada por los hombres,
nos alimente también para dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo, no para sí, sino para dar conceptos de Justicia y de paz a nuestro pueblo. Unámonos, pues, íntimamente en fe y esperanza a este momento de oración por doña Sarita y por nosotros...
—en este momento sonó el disparo—

(Homilía 24 de marzo de 1980, VIII p. 384)